

# La Virgen de Chiquinquirá: símbolo de identidad nacional

---

The Virgin of Chiquinquirá:  
A symbol of national identity

**Rocío Londoño Botero\***

Universidad Nacional de Colombia

## Resumen

Con base en descripciones y relatos de historiadores dominicos sobre el antiguo culto a la Virgen de Chiquinquirá, este artículo sugiere algunas hipótesis relacionadas con el papel desempeñado por la Iglesia católica en Colombia, y en particular por la Orden de los Dominicos, en la formación de una identidad nacional basada en ritos y ceremonias que fortalecen creencias y prácticas religiosas arcaicas. Pese al modesto alcance de la indagación efectuada, plantea interrogantes sobre la “obra civilizadora” de la Iglesia católica en Colombia.

**Palabras clave:** culto religioso, Iglesia católica, identidad nacional, civilización.

## Abstract

Drawing on accounts by Dominican historians of the cult of the Virgin of Chiquinquirá, this article suggests some hypotheses about the role of the Catholic Church in Colombia, particularly the Dominican Order, in the formation of a national identity based on rites and ceremonies which fortify archaic religious beliefs and practices. Despite the modest scope of this investigation, we pose questions about the “civilizing work” of Catholic Church in Colombia.

**Keywords:** religious cult, Catholic Church, national identity, civilization.

---

Artículo corto.

Recibido: mayo 21 de 2009. Aceptado: mayo 27 de 2009.

\* Socióloga, candidata a doctora en Historia y profesora del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.  
rocio.londonobotero@gmail.com

Sin duda, uno de los cultos católicos más perdurables en Colombia es el de la Virgen de Chiquinquirá que, por cierto, ha sido hábilmente administrado por la Orden Dominicana cuya influencia se remonta hasta mediados del siglo xvi. Sobre el asentamiento de los dominicos en el Nuevo Reino de Granada, el fraile Vicente María Cornejo informa lo siguiente: “tras el R.P. Fray Domingo de las Casas [...] vinieron otros Dominicos a trabajar en la reducción de indios; y fue tan fructuoso su trabajo que antes de cincuenta años habían fundado ciento ochenta poblaciones”. Al parecer, desde de 1538 se dedicaron a fundar conventos para proveer de “padres doctrineros” a las ciento ochenta poblaciones que, según consta en una cédula real, habían fundado antes de 1584 (Cornejo & Mesanza, 1919). De estos pueblos, la mayoría estaban localizados en Boyacá, como lo constatan los jesuitas Fernández y Granados, el dominico Alberto Ariza y los historiadores Ramón Correa y Javier Ocampo López<sup>1</sup>.

En 1541 se establecieron en Tunja y fundaron en Boyacá treinta y seis *doctrinas* de las cuales el fraile Ariza describe escuetamente las aledañas al Convento del *Eccehomo* (Ariza, 1963, p. 15). Por su parte, el fraile Cornejo menciona la secularización de las doctrinas que “en virtud de una Real Cédula” ordenó, hacia 1584, el arzobispo Luis Zapata de Cárdenas, razón por la cual los dominicos perdieron cincuenta y dos, las cuales fueron entregadas al clero secular. Sin embargo, gracias a las gestiones que adelantaron en España, el rey Felipe II ordenó al arzobispo devolverles los pueblos que les pertenecían (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 22-23).

Precisamente en uno de estos pueblos, llamado Suta, comienza la leyenda de *Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*, sobre la cual existen no pocas versiones. Veamos al menos la de fr. Cornejo, cuya fuente es el dominico Tobar y Buendía, quien a su vez se basa “en el proceso original que se hizo en el año de 1588”. Según parece, el encomendero de Suta, Don Antonio de Santana, construyó una capilla para promover el culto del Rosario y le encargó al pintor Alonso de Narváez un cuadro de la Virgen del Rosario por intermedio del dominico Andrés Jadraque. Una vez colocado el cuadro en la capilla, los españoles y los indios de toda la comarca “comenzaron a honrarla”; pero cuando se retiró el padre Jadraque de la parroquia, “decayó el culto de la Virgen” y el cuadro se deterioró a tal punto que, en 1564, el presbítero Juan Alemán ordenó quitarlo del altar. Según Cornejo, “como D. Antonio también era Encomendero de Chiquinquirá, donde tenía Aposentos y una choza sin puerta que llamaban Capilla [...], dispuso mandar [a esta] el desfigurado cuadro de Nuestra Señora del Rosario” (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 16). Veintidós años después, más exactamente el 26 de diciembre de 1586, según versión del padre Tobar y Buendía, mientras María Ramos —cuñada del encomendero Santana— rezaba en la modesta capilla, pasó por allí

1. Véase Fernández & Granados (1936, p. 58); Ariza (1963; 1964); Ocampo López (1997); Correa (1987).

una india cristiana y ladina, llamada Isabel, natural del pueblo de Turga, encomienda de Pedro Núñez de Cabrera, y del servicio de Martín López residente en la ciudad de Trinidad de Muzo. Llevaba la india Isabel de la mano a un niño mestizo, llamado Miguel, de edad de cuatro a cinco años. Al pasar por la puerta de la Capilla, le dijo el niño a la india: “madre, mira a la madre de Dios que está en el suelo”. Volvió la india a mirar hacia el altar y vio que la Imagen de la Madre de Dios del Rosario estaba en el suelo parada, despidiendo de sí un resplandor celestial y tan grande de luz que llenaba de claridad toda la Capilla (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 28-29).

Tan pronto como el cura de Suta se enteró “de la renovación milagrosa de la Imagen de Ntra. Señora del Rosario, vino a Chiquinquirá acompañado de D. Diego López Castiblanco, escribano de su Majestad, para hacer información jurídica del milagro”. Bajo la fe del juramento, el 10 de enero de 1587, varios testigos confirmaron los hechos relatados por el cura Figueredo, quien a su turno remitió el respectivo informe al arzobispo de Santa Fe, Luis Zapata de Cárdenas (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 31). Desde entonces, comienza la larga y singular historia de la reconstrucción de la humilde capilla, de los abundantes milagros de la Virgen de Chiquinquirá, de la “verificación jurídica” de los mismos, y de las procesiones con el “cuadro milagroso” para conjurar las pestes y epidemias que azotaban a los pueblos boyacenses y a la capital del Nuevo Reino de Granada.

En septiembre de 1636, después de haber visitado la modesta iglesia de Chiquinquirá y de haberse conmovido por la veneración popular a la Virgen del Rosario, el arzobispo Bernardino Almaza dispuso que tanto la iglesia como el cuadro de la Virgen pasaran a manos de sacerdotes. Para lograr tal cosa, el prior de los dominicos ofreció “en permuta dos parroquias (Boyacá y Gachetá)”, y se comprometió “a fundar un convento en Chiquinquirá para que con mayor solemnidad se celebrara el culto divino, y a conceder la salida de la milagrosa Imagen siempre que fuese necesario para remedio de la peste y otras calamidades” (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 53-54). “Indecible fue el gozo de Nuestra Sagrada Orden —dice Cornejo— al verse dueña de tan gran tesoro, y su primer cuidado fue procurar que a la Virgen se le diera un culto digno de los prodigios que había obrado en sagrada Imagen del Rosario de Chiquinquirá” (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 61). Además de efectuar los engorrosos trámites para la fundación del convento, los frailes destinaron cuantiosos recursos para concluir el templo cuya construcción se había iniciado en 1588. También engalanaron el cuadro de la Virgen con costosas joyas obsequiadas por sus devotos.

Por la importancia que fue cobrando el nuevo santuario, en poco tiempo la pequeña y modesta aldea de Chiquinquirá se convirtió en lugar de peregrinaje y alrededor del santuario construyeron sus casas personas notables de la comarca. En 1642, la aldea había crecido a tal punto que

fueron construidos el cabildo y la cárcel. Y “para comodidad de los peregrinos que venían a venerar la Virgen y a cumplir fielmente sus promesas”, los dominicos construyeron una hospedería. Dice fr. Cornejo que, para entonces, Chiquinquirá ya había comenzado “a superar en importancia no solo a los pueblos circunvecinos sino también a la ciudad de Muzo”, por lo cual, en 1801 se dispuso el traslado del juzgado de esa ciudad a Chiquinquirá, a pesar de la oposición de los vecinos de Muzo (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 68).

Según el fraile Mesanza, en 1757 ocurrieron hechos que turbaron el “pacífico y monótono” gobierno de los priores de Chiquinquirá. En efecto, el arzobispo de Santa Fe hizo efectiva en el curato de Chiquinquirá la Real Orden de Fernando VI, por medio de la cual en 1749 se había dispuesto la entrega de las parroquias que estaban a cargo de las órdenes religiosas al clero secular. Al parecer, el arzobispo aprovechó la muerte del dominico que ejercía en Chiquinquirá “la cura de almas”, para remplazarlo por un cura secular. Tan grave sería la trifulca entre el arzobispo y los dominicos que el prior del convento se negó a entregar el curato, y “poco faltó para que se despojase perpetuamente a la Orden dominicana de sus derechos sobre la Parroquia y Santuario de Ntra. Señora” (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 73). Pese a todos los alegatos jurídicos de los dominicos, y a los testimonios de los feligreses sobre las obras que estos habían hecho en beneficio de la Virgen y del pueblo de Chiquinquirá, el prior, “para evitar un escándalo”, decidió entregar el cuadro de la Virgen, las alhajas, e incluso el convento, “debiendo en consecuencia salir de él los Religiosos después de más de ciento veinte años de posesión pacífica (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 77). Pero ese acto de aparente obediencia en modo alguno significaba que los dominicos se hubieran doblegado al arzobispo, del cual decían que se había extralimitado en la aplicación de la orden real. Así pues, para recuperar el santuario y el convento, durante doce años presentaron toda clase de peticiones y apelaciones ante el rey de España y otras instancias. Como resultado de sus persistentes presiones, en 1763 lograron la expedición de un decreto real ordenando restituir “a la sagrada Religión de los Predicadores del Nuevo Reino de Granada la Imagen de María Santísima del Rosario de Chiquinquirá con su iglesia y su convento” (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 92).

Pero como lo que estaba en juego era el curato más codiciado de la época, cuyas abundantes rentas provenían principalmente de las limosnas y donaciones de los peregrinos y los devotos de la Virgen del Rosario, el clero secular persistió en la disputa con los dominicos, e incluso logró la expedición de una real cédula que disponía el nombramiento en propiedad de un cura secular. Para ello, en 1766 se fijó un edicto citando a los curas que tenían interés en esa parroquia, pero solo se presentó un candidato, pues “sin la Imagen de Ntra. Señora, sin la iglesia y sin el Convento”, el curato era muy poco apetecible. Al cabo de tres años, los dominicos lograron un acuerdo con el arzobispo: ofrecieron entregar al clero secular la parroquia de Guatavita, la cual “producía inmensamente

más que la de Chiquinquirá sin la Imagen de Ntra. Señora que se había declarado propiedad del Convento” (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 93). Con esta “permuta”, confirmada por el rey de España el 27 de diciembre de 1767, concluyó el largo pleito eclesiástico.

Desde entonces, el santuario y el codiciado cuadro de la Virgen de Chiquinquirá pertenecen a la Orden Dominicana, la cual se ha encargado de recrear anualmente la leyenda de la “milagrosa renovación” de Nuestra Señora del Rosario, y de convertir esta imagen en el símbolo de la nacionalidad colombiana. Tanto lo primero como lo segundo han contribuido a la notable popularidad de este culto y a la pervivencia de creencias y prácticas religiosas arcaicas. Valgámonos de algunos de los hechos relatados por historiadores dominicos para sustentar esta hipótesis.

En 1794, se desploma el pequeño “templo de la renovación”, debido al impacto de un terremoto que, si bien tuvo su epicentro en Quito, “alcanzó a sentirse en Chiquinquirá”. Este desastre es aprovechado por los dominicos para construir un nuevo templo que estuviera a la altura de la “Reina de los cielos”. Le encargaron los planos y la dirección de la obra al fraile capuchino Domingo de Petrés, prestigioso arquitecto español que pocos años después se encargaría de continuar la edificación de la Catedral de Bogotá. Cuando los vecinos de Chiquinquirá se enteraron de que el nuevo templo sería construido en un lugar distinto al de la capilla original, expresaron su desacuerdo. No obstante, en 1801 los frailes colocaron, con gran pompa, la primera piedra del nuevo templo (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 93-94). Al parecer, la obra tomó más de veinte años en ser concluida, no solo por su magnitud y su costo económico, sino porque se atravesó la Guerra de Independencia en la cual los dominicos terminarían apoyando a los ejércitos patriotas<sup>2</sup>. Entretanto, para mantener el culto a la Virgen, construyeron primero una modesta capilla en un terreno aledaño al templo destruido. Después hicieron otra en un terreno cercano al lugar donde estaba prevista la construcción del gran templo. Finalmente, en septiembre de 1823, como la nueva iglesia ya estaba techada y habían sido construidas las bóvedas, los frailes aprovecharon la visita del Obispo de Mérida, “gran devoto de Ntra. Señora”, para que este hiciera la consagración y dedicación solemne a la Virgen del Rosario. Fue tal el entusiasmo del obispo venezolano que “acudió a Roma en demanda de un Oficio y fiesta propia de Ntra. Señora de Chiquinquirá”. Seis años después, la

2. Respecto a la contribución de los dominicos a la causa de la Independencia, Cornejo transcribe un acta suscrita por el prior y demás frailes del convento de Chiquinquirá, en la que consta la donación de “dinero y alhajas de oro y plata que actualmente existen en el depósito [del convento] para ocurrir a la mayor presteza a las urgencias del Estado [...]”. A renglón seguido lamenta la forma cómo les fue retribuida su generosidad, una vez lograda la Independencia de España: “¡Y la República, en pago de tanto sacrificio, suprimió la Comunidad dominicana de Chiquinquirá mucho antes de la exclaustración general, y la despojó de sus bienes adjudicándolos a los colegios de Chiquinquirá y de Vélez!” (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 95-96).

“sagrada Congregación de Ritos” aprobó la petición y, además, por solicitud de los dominicos le otorgó a la Virgen de Chiquinquirá el título de “Patrona Principal”. “Desde entonces —dice el fraile Mesanza— nuestra milagrosa Imagen tiene Oficio propio en toda Colombia con rito de primera clase, con octava en su propia iglesia y con rito *dobles mayor* en las demás iglesias de Colombia” (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 100).

De las características arquitectónicas y ornamentales del nuevo templo, descritas por Mesanza en 1918, son especialmente interesantes las que muestran su magnificencia en comparación con la modesta Catedral de Bogotá: 3.500 m<sup>2</sup> de construcción, incluido el atrio; 3 naves laterales con 19 bóvedas; 10 columnas en la nave central; 15 capillas con sus respectivos altares y santos, y una capilla o cripta para muertos. De los altares y la imágenes sagradas, llaman la atención los diferentes estilos de los altares: el de Cristo es estilo dórico; los de Nuestra Señora de los Dolores y el Niño Jesús, corinto; el de Santo Tomás y San Martín de Porres, toscano; los de San José y el Sagrado Corazón, corinto; los de la Concepción y Santo Domingo de Guzmán, “de orden compuesto”; los de San Vicente Ferrer y San Antonio de Florencia, jónico antiguo; y los de San Pedro Apóstol y Santa Rosa de Lima, dórico (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 197-198). Veamos, por último, cómo era el altar de mármol que los dominicos le regalaron a la “Reina de Colombia”, el 24 de diciembre de 1908, el cual fue consagrado por el arzobispo de Bogotá con toda la solemnidad y la pompa del caso. Simplificando el derroche retórico del fraile Mesanza, estas son las características del altar: doce metros de altura, estilo corinto, levantado sobre “ocho esbeltas columnas”, hecho de mármol de diferentes colores, adornado con figuras talladas y doradas en metal, “coronado por tres hermosos ángeles de tamaño natural, traídos de una de las mejores fábricas de escultura europea” y, además, tres mesas para celebrar misa y otros cuantos adornos. En el centro del altar “se ostenta el milagroso cuadro de la Santísima Virgen entre nubes de plata y rayos de metal dorados. Una elegante escalera con peldaños y repisa de mármol llega por el interior hasta el cuadro y permite contemplar muy de cerca la venerada imagen” (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 122-128).

Casualmente, sobre el estado en que se hallaba el templo un año antes de la descripción de Mesanza, el antioqueño Rufino Gutiérrez, para entonces miembro de la Academia Colombiana de Historia y Antigüedades, hace perspicaces observaciones que conviene tener en cuenta. No se muestra impresionado con el esplendor del templo; en cambio fija su atención en detalles reveladores de la *modernización* del culto a la Virgen, del gusto artístico de los dominicos y del derroche de recursos en la construcción del nuevo santuario. Según Gutiérrez: de los exvotos que anteriormente había por todas partes no queda ninguno; ha mejorado el aseo del templo; “a pesar de que lo tienen lleno de andamios para terminar la construcción de una gran cúpula, va muy adelantada la costosa y artística ornamentación de todo el interior”; hay nuevas estatuas de buena calidad, entre ellas “un grupo que representa a la Virgen de Chiquinquirá”;

quitaron algunos cuadros malos y “junto con ellos dos bastante buenos, que los conocedores atribuyen al pincel de Velásquez [...]. El altar mayor es de mármol jaspeado, de Leiva [...]”. Agrega al respecto que se había enterado de que costó “como \$60.000 oro”, cifra que considera desmesurada en comparación con el costo de la escalera del edificio de la Compañía Colombiana de Seguros de Bogotá construida en mármol traído de Italia y que no llegó a \$3.000 oro. En contraste con las costosas obras del templo, deplora el estado de abandono en que se hallaba la antigua capilla en donde “se verificó la renovación de la Imagen de Nuestra Señora”. Y observa otros cambios que ponen de presente la comercialización del culto a la Virgen de Chiquinquirá: “lo que fue bautisterio lo tienen convertido en una tienda de venta de rosarios y estampas [...]. Al pie del altar mayor hay una profunda cueva con una gradería, a la cual se baja con luz para recoger agua, que es muy solicitada por los peregrinos [...]” (Gutiérrez, 1921; pp. 246-247). Por su parte, los historiadores dominicos dicen que tanto el agua como la tierra eran muy codiciadas por los peregrinos pues estaba demostrado que fertilizaba los terrenos estériles.

Aparte del imponente santuario, en la renovación de la leyenda de la Virgen de Chiquinquirá y la propagación del culto mariano, jugaron un importante papel la celebración anual de la fiesta de la Virgen, la conmemoración de cada centenario, las procesiones para conjurar las pestes y las epidemias, las visitas de la “Imagen sagrada” a la capital de la república y las romerías de los peregrinos por aldeas y pueblos. No cabe duda de que todo eso contribuyó, tanto material como simbólicamente, a mantener viva la leyenda y el culto. A juzgar por lo que dicen los frailes, durante la Colonia la creencia en los poderes mágicos de la Virgen de Chiquinquirá arraigó en la mentalidad popular gracias a los rituales para conjurar las pestes y las epidemias, cuyos estragos obviamente temía el conjunto de la población y sobre todo la gente pobre que, por supuesto, era la más afectada por sus pésimas condiciones de vida. De las procesiones y romerías descritas por el fraile Ariza, cabe referirse a las que parecen haber sido especialmente *milagrosas*. Por ejemplo, en 1587, la “sagrada imagen fue llevada a Tunja y cesó la peste en la ciudad y la comarca”. En 1633, “con motivo de la peste grande, hubo peregrinación por Tinjacá, Suta, Monquirá, Villa de Leiva, Tunja y Bogotá, ciudad en donde permaneció el cuadro de la Virgen hasta 1635”. En 1841, a raíz de la epidemia de viruela y por solicitud del Arzobispo Mosquera, la imagen fue llevada de nuevo a la capital, gracias a lo cual la peste cesó en Bogotá y sus comarcas. Ese mismo año, para detener la epidemia de viruela, hubo procesiones a Tunja, Ráquira, La Candelaria, Samacá y otras comarcas vecinas (Ariza, 1963; pp. 35-36).

Por su parte, el historiador José David Cortés, con base en fuentes eclesiásticas, sostiene que “en la diócesis de Tunja se empleó el discurso del castigo divino para justificar grandes epidemias, guerras y la muerte de personas que habían blasfemado contra la autoridad divina representada en la institución eclesiástica”. Menciona, entre otras evidencias, los

sermones del párroco de Ramiriquí en los que atribuía a “la ira de Dios afligiendo al pueblo” la epidemia de 1881-1882. También cita a un obispo de Pamplona que se lamentaba del desencanto de Dios con los hombres y se preguntaba si “no será esta misma frialdad que se nota en la generalidad de los corazones cristianos un testimonio del *bien merecido castigo que la Providencia se ha dignado infligirnos* en esta ocasión”<sup>3</sup>.

Sobre la parafernalia y la atmósfera de aquellas procesiones son particularmente elocuentes las descripciones del fraile Mesanza basadas en fuentes escritas y testimonios orales. Resumamos, primero, su extensa descripción del “tercer viaje de la Virgen” a Bogotá, en 1841, cuyo propósito era detener los progresos de la guerra civil [de 1840] y acabar la epidemia de viruela que se había esparcido por la Nueva Granada. La Virgen salió para Bogotá el 9 de mayo y regresó el 24 de agosto: “más de seis mil personas la acompañaban con cirios encendidos y le hacían rogativas en todos los templos del camino”. Según testimonio escrito y oral del Canónigo de la Catedral Metropolitana, la Imagen se había renovado a tal punto que “parecía que saltaba del lienzo”. Su visita aniquiló la viruela, apaciguó la guerra e hizo que florecieran los jardines de la ciudad y los campos. A estos prodigios el canónigo Castro agrega “el mal final” que tuvieron varios jóvenes irreverentes que se burlaron “de la imbecilidad del pueblo que adoraba un lienzo mugroso, o tal vez las joyas con que estaba adornado”. “Durante el tiempo que estuvo en Bogotá —dice Mesanza— los poetas hicieron sonar sus liras en loor de la más bella de las mujeres”. Y después de su regreso a Chiquinquirá: “salió de nuevo a destruir la viruela y otros males a la ciudad de Tunja” (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 111-115).

Veamos adicionalmente cómo fue la celebración del tercer centenario “de la milagrosa renovación”, acto que por cierto se llevaría a cabo algunos meses después de haber sido expedida la Constitución de 1886 que restableció el antiguo poder de la Iglesia católica en temas cruciales de la vida nacional. Según el relato de Mesanza, el 26 de diciembre de 1886, mientras caían lluvias torrenciales en Chiquinquirá “que daban a la ciudad mariana un aspecto parecido al que tenía trescientos años atrás”, llegaban peregrinos de todas las provincias boyacenses en “procesión con sus párrocos a la cabeza” y acompañados de sus santos patronos: Sutamarchán con el Santo *Eccehomo* y su patrón San Miguel Arcángel; Tinjacá con San Blas; Susa con la Milagrosa del Topo; Ráquira con San Antonio de Padua; Fúquene con San Isidro Labrador, y otros cuantos más. El arzobispo y el presidente de la república no pudieron asistir por el mal tiempo, pero estuvieron presentes el gobernador de Boyacá,

3. Sobre la justificación del *castigo divino* por los jerarcas de la Iglesia católica en Colombia, Cortés cita la siguiente reflexión de monseñor Rafael Carrasquilla: “La experiencia enseña que los premios y los castigos eternos, diligentemente meditados, son el medio más eficaz para el vencimiento de las pasiones y apetitos dañinos. Quien nos lo enseñó fue Cristo: ‘Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles’ [...]” Cortés (1998).

el ministro de Instrucción Pública y no pocos dominicos, franciscanos y jesuitas notables, como también algunos miembros del clero secular. Tanto las fiestas sagradas como las profanas duraron más de dos semanas: “desde el 15 de diciembre comenzó la Novena (toda ella solemnizada con Misa Pontifical), hasta el 2 de enero”. El “milagroso cuadro” fue bajado de su altar y recorrió en procesión las calles y las plazas de Chiquinquirá. “Como monumento recordatorio” de este centenario, quedaron las odas y los versos que, por invitación de los señores Fidel Casas y Orencio Fajardo, escribieron Rafael Núñez, J. Manuel Marroquín, Miguel A. Caro, Rafael Pombo, A. León Gómez, y J. Rivas Groot, entre otros (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 138-140).

Pero quizá lo que mejor ilustra el propósito de los dominicos de convertir el santuario de la Virgen de Chiquinquirá en el símbolo por excelencia del culto mariano y en el principal lugar de peregrinación de Colombia, es el aparato publicitario que montaron para lograr la “coronación canónica” de la Virgen<sup>4</sup>. La campaña comienza en 1899 por iniciativa de Fr. Vicente María Cornejo quien, en 1908, sería nombrado provincial de los dominicos en Colombia. Además de mover sus influencias en el Vaticano, los frailes compraron una imprenta que les costó \$3.000 pesos oro, y fundaron varios periódicos dedicados exclusivamente a promover el culto a la Virgen de Chiquinquirá. Al parecer, el periódico de mayor duración y mayor tiraje fue el semanario *Veritas* del cual circulaban tres mil ejemplares. Dentro del plan de la coronación incluyeron la renovación del santuario, el envío de una copia del cuadro “en constante misión por los departamentos centrales” del país, la predicación de la futura coronación y la financiación de la corona de la Virgen y el Niño por cuenta de la Nación. Finalmente, en 1910 obtienen el Decreto de Coronación con la ayuda del embajador de Colombia en Roma, José María Rivas Groot. Con el decreto en mano, intensifican la campaña en los departamentos de Boyacá, Santander del Norte, Santander del Sur, Caldas, Huila, Antioquia, Cundinamarca y Tolima. Sin embargo, la ceremonia de coronación se postergaría hasta julio de 1919, para que coincidiera con el Primer Congreso Mariano Nacional que había sido aprobado por la Conferencia Episcopal en 1916. Un año antes de la coronación, el maestro general de la Orden Dominicana visitó el santuario de Chiquinquirá. La ceremonia se hizo en Bogotá el 9 de julio, día de la fiesta oficial de la Virgen del Rosario. Estuvo precedida de una procesión que salió de Chiquinquirá el 28 de junio y llegó a la capital el 1° de julio. Durante el recorrido,

el numeroso cortejo iba rezando el rosario, en algún sitio se cantaban las salves y por todas partes las casas de la orilla del camino estaban adornadas con banderitas blancas, flores campestres y coronas [...]. En los escasos momentos desocupados, los sacerdotes que acompañaban a la Señora oían confesiones por centenares [...]

4. A la campaña y la ceremonia de coronación, Mesanza dedica el Apéndice del libro citado (Cornejo & Mesanza, 1919).

En Bogotá hubo multitudinarias procesiones de diferentes barrios de la ciudad hacia la plaza de Bolívar. Cuando la Virgen llegó a la iglesia de San Francisco, se unieron a la procesión el presidente Marco Fidel Suárez, los ministros, el alcalde, los gobernadores y las autoridades eclesiásticas. El desfile hasta la plaza de Bolívar estaba acompañado por el Ejército Nacional; el discurso de recibimiento fue pronunciado por Antonio Gómez Restrepo. La corona de la Virgen y el Niño fue diseñada por el pintor Ricardo Acevedo Bernal: para su confección se utilizaron 450 gramos de oro, 140 esmeraldas y otras cuantas piedras preciosas. Por lo demás, el 7 de julio se “inauguró la iluminación de Bogotá” y en la Catedral se encendieron 5.000 bombillos. El programa del congreso incluía “la iluminación general de todas las poblaciones de la república, banderas y flores en los frentes de las casas y procesiones los días 8, 18 y 21 de julio”. Durante la ceremonia de coronación «saludaron las bandas de música a la Reina de los cielos, y en ese instante millares de voces de ángeles cantaron con recogimiento y entusiasmo: “Reina de Colombia / por siempre serás / es prenda tu nombre / de júbilo y paz”» (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 219-233)<sup>5</sup>.

A la promoción de la imagen de la Virgen de Chiquinquirá como símbolo de la nacionalidad colombiana también contribuyeron poetas y escritores que le dedicaron odas y poemas. Marco Fidel Suárez la invoca como “¡Reina de nuestra patria y reina del mundo y las edades!”; Tomás Uribe Vargas la denomina “La Patrona, imagen impregnada de nuestra historia nacional” y se pregunta si “habrá algo más profundamente español, más hondamente colombiano, más intensamente nuestro”; José Joaquín Ortiz exalta el fervor de los “innumerables peregrinos que desde las más remotas partes de la república acuden a rendirle culto” y postrados ante Ella oran “a todas horas del día”; para Antonio Gómez Restrepo es el “Almenado castillo de la patria [porque] Ella quiso la libertad, quiso la república; y se despojó de sus joyas para sostener la Independencia [...]”; Eduardo Caballero Calderón considera que es “el mayor aglutinante del espíritu nacional [pues] a lo largo de los caminos de Colombia, cargados en hombros de los peregrinos, se ha ido formando nuestra música popular y nuestra naciente poesía [...]”(Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 77-86). Según el fraile Ariza, para los indios derrotados por los españoles fue un signo de esperanza y “un faro de orientación”. Y para el conjunto de la población del Nuevo Reino de Granada “el jalón decisivo para la historia de una nueva nación que se llamará Colombia” (Ariza, 1963, pp. 8-9)<sup>6</sup>. Entre las pruebas del valor patriótico de la Virgen de Chiquinquirá, los dominicos también mencionan las visitas que le hicieron el libertador

5. Véase el minucioso relato sobre “La coronación de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá” (Cornejo & Mesanza, 1919, pp. 219-233).

6. Por su parte, Mesanza menciona, como autores de prosas y versos en homenaje a la Virgen de Chiquinquirá, a Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro, José María Marroquín, Rafael Pombo y José María Rivas Groot (Cornejo & Mesanza, 1919, p. 140).

Simón Bolívar y los presidentes conservadores Marco Fidel Suárez, Pedro Nel Ospina, Miguel Abadía Méndez, Roberto Urdaneta Arbeláez y el general Gustavo Rojas Pinilla (Ariza, 1963; p. 65). Y se muestran orgullosos de la beligerancia y la tenacidad con que la orden dominica combatió, en “los departamentos centrales” del país, al liberalismo y sus “medidas impías”; e igualmente de los imponentes honores que le rindieron en el santuario de Chiquinquirá al general conservador Próspero Pinzón: “guerrero invicto de Palonegro”<sup>7</sup>.

A pesar de la notable influencia de los dominicos y otras comunidades religiosas en Boyacá, y no obstante las prerrogativas que la Constitución de 1886 y el Concordato de 1887 le concedieron a la Iglesia Católica en la educación pública, en el primer decenio del siglo xx era muy escaso el número de curas por habitante. Según el censo efectuado en 1912, en Boyacá había 208 *Ministros del culto religioso*, es decir, un cura por cada 2.820 habitantes, proporción muy inferior a la Antioquia (uno por cada 1.211 habitantes) y Cundinamarca (uno por cada 1.725 habitantes), departamentos que para entonces ocupaban los dos primeros lugares al respecto<sup>8</sup>. Como es de suponer, el déficit de sacerdotes en Boyacá era mayor en las zonas rurales, pues un considerable número de los *ministros del culto* prestaba sus servicios en las ciudades. En lo concerniente a la educación, las cifras del censo sugieren que la “obra civilizadora” de las comunidades religiosas de Boyacá había dado escasos resultados, al menos en lo relativo a la alfabetización. De hecho, en 1912 apenas un 16,8% de los varones mayores de siete años sabía leer y escribir, por lo cual, Boyacá figuraba entre los departamentos con tasas más altas de analfabetismo del país (Censo de la República de Colombia, 1912). Aunque el bajo índice de alfabetización en modo alguno es atribuible exclusivamente a la institución eclesiástica, hay que decir, sin embargo, que los dominicos concentraron sus esfuerzos en los “estudios superiores” y los colegios de educación secundaria<sup>9</sup>, en tanto que los agustinos se dedicaron sobre

7. Sobre la campaña contra el liberalismo, véase Cornejo y Mesanza (1919, pp. 179-180). Respecto a los honores al general Próspero Pinzón, hay en este libro una descripción que conviene resumir: el 26 de agosto de 1900, en medio de la Guerra de los Mil Días, los dominicos y los agustinos candelarios recibieron en imponente ceremonia al general Próspero Pinzón en el santuario de Chiquinquirá: lo rociaron con agua bendita y tanto a él como a sus compañeros les impusieron escudos con los tres colores de la bandera nacional y la medalla de Nuestra Señora de Chiquinquirá. En su discurso de agradecimiento “El triunfador de Palo Negro” reconoció que “la más grande batalla de Colombia” había sido ganada “por la poderosa intercesión de la Virgen de Chiquinquirá”. Mientras estaba el general Pinzón en Chiquinquirá, se celebraron misas y procesiones con el cuadro de la Virgen. Y a los oficiales y los soldados les regalaron “medallas, escapularios y rosarios para llevar benditos como estimados y piadosos recuerdos de la visita y cumplimiento de sus votos en el gran santuario” (1919, pp. 184-188).
8. Véase las tablas sobre “profesiones y ocupaciones” de los departamentos de Boyacá, Antioquia y Cundinamarca en *Censo de la República de Colombia* (1912).
9. El historiador Ocampo López dice que durante la Colonia los estudios superiores

todo a la formación de misioneros y al estudio y la traducción de lenguas indígenas. En cambio, para civilizar al pueblo e inculcarle la fe católica, las comunidades religiosas se emplearon a fondo en la catequización, el adoctrinamiento, las procesiones y otros rituales que contenían no pocos ingredientes mágicos. No sorprende entonces que en la religiosidad de los boyacenses de esa época, al igual que en muchos colombianos, imperara una relación mágica y utilitaria con las imágenes y los objetos sagrados. A ello se suman otros problemas no menos importantes como el temor de los curas al “exceso de educación y al carácter corruptor de los libros”, y su sectarismo político a favor del partido conservador<sup>10</sup>.

### Referencias

- Ariza, A. (Orden de los Predicadores) (1963). *Los dominicos y la Villa de Leiva*. Bogotá: Cooperativa de Artes Gráficas.
- Ariza, A. (Orden de los Predicadores) (1964). *Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, Patrona principal y Reina de Colombia*. Bogotá: Cooperativa de Artes Gráficas.
- Ariza, A. (1966): *El Monasterio del Santo Eccehomo de la Orden de los Predicadores*. Bogotá: Cooperativa de Artes Gráficas.
- Censo de la República de Colombia* (1912). Levantado el 5 de marzo de 1912, Bogotá, Imprenta Nacional, tablas sobre “profesiones y ocupaciones” de los departamentos de Boyacá, Antioquia y Cundinamarca.
- Cornejo, V. M. Fr. & Mesanza, A. Fr. (1919). *Historia de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*. Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, cap. 1.
- Correa, R. (1987). *Monografías de los pueblos de Boyacá*. Tunja: Biblioteca de la Academia Boyacense de Historia, 2 tomos.
- Cortés, J. (1998). *Curas y políticos. Mentalidad religiosa e intransigencia en la diócesis de Tunja*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Fernández, J. M. & Granados, R. S. J. (1936). *La obra civilizadora de la iglesia en Colombia*. Bogotá: Voluntad, 58.
- Gutiérrez, R. (1921). *Monografías, t. 1*. Bogotá: Biblioteca de Historia Nacional, Imprenta Nacional.
- Ocampo López, J. (1997). *Identidad de Boyacá*. Tunja: Secretaría de Educación de Boyacá.

---

se concentraron en los conventos que tenían en Tunja los dominicos, la Compañía de Jesús, las clarisas, los agustinos y los franciscanos. Agrega que “además de teología se estudiaba gramática y artes”. De las escuelas de primeras letras dice que “se fundaron alrededor de los conventos y monasterios”, al tiempo que “se crearon las Doctrinas en las zonas indígenas, para realizar la Evangelización”. Véase Ocampo López (1997, p. 206) y también Fernández & Granados (1936, cap. VII).

10. Para un análisis sobre la mentalidad religiosa y la intransigencia de la institución eclesíástica en la diócesis de Tunja, véase Cortés (1998).